

IN MEMORIAM RUBÉN CALDERÓN BOUCHET

El 4 de setiembre de 2012 falleció en Mendoza a los 94 años, don Rubén Calderón Bouchet, uno de los últimos pensadores tradicionalistas argentinos –quizá el último. Había nacido en la provincia de Buenos Aires, en los pagos de Chivilcoy, el primer día del año de 1918. Radicado en Mendoza desde 1944, casó poco más tarde con Blanca y tuvieron ocho hijos.

Estudió filosofía y enseñó Historia de la filosofía medieval, Historia de las ideas políticas, Filosofía de la historia y muchas otras cátedras en las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Cuyo. Por entonces, entre los 40 y los 70 del siglo que pasó, Mendoza había atraído grandes cabezas del tradicionalismo con las que don Rubén hizo estrecha amistad, entre ellas el gran jurista y filósofo Guido Soaje Ramos y el reconocido soviétologo e historiador corso Alberto Falcionelli.

Calderón, Soaje, Falcionelli y otros más dieron vida a un grupo notable, que ha dejado su sello en la cultura mendocina y argentina, por la solidez de su formación, la trascendencia de sus trabajos, y la inquebrantable militancia católica tradicional. Empero, como Rubén Calderón Bouchet reconocería con los años, muertos sus amigos Falcionelli y Soaje Ramos, solamente él se había mantenido firme en la tradición católica. Lamentablemente.

Hombre de intensa actividad intelectual, no era ésta vicio filosófico sino prolongación de una profunda vida espiritual. Rubén Calderón Bouchet fue un católico tradicionalista confeso, practicante



hasta el final de sus días. Ha sido un ejemplo inapreciable de la continuidad entre la vida espiritual y la vida intelectual, del asiento de todo sano intelecto en una constante oración. Comenzaba el día tempranito –cuentan sus hijos–, rezando los quince misterios del rosario mientras caminaba por la casa y mateaba.

No fue don Rubén un filósofo y un historiador a secas; lo fue católico, con el estilo de un hijo de la Iglesia, que enseña la plenitud y la firmeza de su doctrina, como enseñó Dom Prosper Guéranger. Es que Calderón Bouchet tuvo como maestro a Santo Tomás de Aquino; en él aprendió metafísica y teología; de él tomó el capital intelectual y espiritual con el que entender la historia y la política.

Y, además, tradicionalista hispánico, raíces hispánicas del tradicionalismo que descubriera en lo mejor del criollo: sus costumbres, su poesía, su campo, el Martín Fierro. Aunque en su formación no se puede dejar de ver la honda influencia de los contrarrevolucionarios

rios franceses, singularmente de Charles Maurras, está también la de los tradicionalistas peninsulares. A don Rubén es aplicable lo que él dijera de Maeztu: estaba cómodo en «la vieja casa tradicional», sabiendo que «la más vigorosa originalidad» cabe «con holgura bajo sus altos techos». Si queremos adentrarnos «en la morada del Padre», es camino erróneo el vagabundear «por callejones sin salida»; hay que volver los pasos a aquella vieja casona tradicional en la que encontramos alimento y abrigo imperecederos.

Tiene razón Alberto Caturelli cuando, en su *Historia*, lo califica de reconstructor reflexivo de la historia occidental «teniendo como hilo conductor la tradición» y fundado su obra histórica «en la roca de la metafísica realista». Y también la tiene don Rafael Gamba cuando escribió que la obra de don Rubén, en su madurez, refleja «una actitud puramente sapiencial». Pues, a no dudarlo, sus estudios de historia de las ideas políticas deben ser leídos a la luz de una filosofía de la historia que se ha convertido en auténtica teología de los tiempos.

Sería penoso y agotador recorrer la producción escrita de Calderón Bouchet. Baste decir que su obra cubre nuestra historia desde la filosofía antigua hasta la crisis del siglo XX. Si tuviera que señalar algunos libros imprescindibles, sin dudarlo destacaría: *Esperanza, historia y utopía* (1980), *La valija vacía* (1989) y *La arcilla y el hierro* (2002). Aunque guardo gran cariño por el primero suyo que leí, cuando estudiante, aquel sobre la guerra de la Vendée, *La contrarrevolución en Francia* (1967).

El viejo y querido maestro ha muerto, pero no nos ha abandonado. Y no por esas ñoñerías que suelen decirse en estas ocasiones. No. No nos ha dejado por la simple razón de que sus enseñanzas perduran y que nosotros asumimos el legado tácito de transmitir las, mejoradas si se puede, para alimento de las generaciones venideras. De él recibimos la enseñanza del catolicismo tradicional e hispánico y está nosotros preservar la herencia y entregarla a nuestros hijos.

¿Cómo? Como hiciera Vázquez de Mella, de acuerdo a la pintura que nos dejara el propio don Rubén: «Cristianismo, formación teológica, caballerosidad vivida, lecturas continuadas e inteligentes

de los filósofos cristianos». Fue así como se formó Calderón Bouchet, extrayendo de tan rica tradición su saber teológico, filosófico, político y social. Porque la edificación de la ciudad amurallada empieza por las murallas interiores. «Toda faena restauradora comienza por el orden interior –afirmó Calderón Bouchet– y por la adquisición de aquellas virtudes sobrenaturales que permiten la edificación de la vida cristiana. Nada se puede hacer en el terreno social y político si no se sabe pensar y obrar como cristianos».

JUAN FERNANDO SEGOVIA